

## Biblioteca de Bioética

RICARDO GARCÍA MANRIQUE

### ¿Qué hay de malo en ser perfecto?

- Un comentario de *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*, de Michel Sandel. Barcelona, Marbot Ediciones, 2007, 205 páginas. Traducción de Ramon Vilà Vernis.
- **Ricardo García Manrique.** Profesor Titular de Filosofía del Derecho y Miembro del Observatorio de Bioética y Derecho de la Univ. de Barcelona.

Si hacemos caso del título y del contenido del libro de Michael Sandel, la respuesta a la pregunta que encabeza esta reseña es que hay mucho de malo en ser perfecto o, por lo menos, en el intento de serlo. Una respuesta desde luego paradójica, teniendo en cuenta que la perfección es equivalente a la bondad máxima de una cosa o de un ser, sea esta bondad técnica o moral. Sin embargo, el autor tiene sus razones y las expone de manera incisiva, amena y elegante en un ensayo muy atractivo para todos los que se interesen por las implicaciones morales de la ingeniería genética, pero también para todos los que ven con preocupación ciertas tendencias contemporáneas que podemos detectar en la crianza y la educación de los niños.

Michael Sandel (1953) es un prestigioso y bien conocido filósofo de la política, representante de lo que se ha dado en llamar "comunitarismo", una posición construida a lo largo de las últimas décadas a partir de la crítica de la teoría liberal de la justicia, sobre todo tal y como es elaborada por John Rawls. Es profesor de la Universidad de Harvard, donde enseña filosofía política y bioética, y su libro más conocido quizá sea *El liberalismo y los límites de la justicia* (Barcelona, Gedisa, 2000; en castellano está disponible también su *Filosofía pública*, Barcelona, Marbot, 2008). El que aquí reseñamos es su último libro, el fruto principal de su dedicación a la bioética, que se originó con su nombramiento como vocal del *Consejo de Bioética del Presidente* [de los Estados Unidos de América], creado en 2001 por George W. Bush, y del que Sandel formó parte hasta 2005. El *Consejo* ha sido muy criticado por su sesgo conservador y religioso y censurado por distorsionar reiteradamente las verdades científicas con fines ideológicos. No obstante, estas acusaciones no son imputables a

todos y cada uno de sus miembros y, desde luego, creo que no a Sandel, cuyo libro no participa ni de ese sesgo ni de ese afán deformador. La joven editorial Marbot lo ha puesto rápidamente al alcance de los lectores españoles, en una edición cuidada y manejable.

#### ➤ En busca de lo perfecto

Lo que preocupa a Sandel es la creciente expansión de la que llama "ética del perfeccionamiento", que ilustra con ejemplos como los siguientes. Una pareja de mujeres sordas decidió (y consiguió) tener un hijo también sordo, por inseminación artificial. Otra pareja, estéril, ofreció públicamente cincuenta mil dólares por un óvulo de una mujer de 1,77 de estatura, compleción atlética y un mínimo (muy alto) de 1400 puntos en el SAT (un test que se usa para seleccionar el ingreso en la universidades norteamericanas). Varias empresas norteamericanas ofrecen a sus clientes mascotas idénticas a las que ya tenían y han muerto, mediante clonación. Muchos deportistas de élite se atiborran de pastillas, y recurren a todo tipo de técnicas, para mejorar su rendimiento. Muchos padres tratan de evitar la corta estatura de sus hijos mediante tratamientos hormonales sostenidos. Y muchos más eligen el sexo de su futuro hijo.

Todos éstos no son fenómenos aislados, sostiene Sandel, sino instancias diversas de una cada vez más extendida ética del perfeccionamiento, que podríamos identificar como la voluntad de continua mejora de nuestras capacidades más allá de nuestra dotación natural, es decir, como la disposición a la maximización de lo humano, una disposición a la que la ingeniería



genética puede prestar grandes servicios, convirtiéndose en su principal instrumento.

Una vez constatado el hecho, la tesis de Sandel es que esta tendencia o disposición al perfeccionamiento es un error moral. El argumento en que sustenta su tesis ocupa todo el libro, pero quizá podría resumirse con sus propias palabras:

*“Es posible ver la ingeniería genética como la máxima expresión de nuestro deseo de vernos en la cima del mundo, de dominar la naturaleza. Y ésa es una visión errónea de la libertad. Amenaza con suprimir nuestra apreciación de la vida como don, y con dejarnos sin nada que afirmar o contemplar más allá de nuestra propia libertad” (pág. 151).*

Hay mucho de misterioso en este párrafo, con el que cierra la parte central de su exposición; pero de momento continuemos por aclarar mejor qué es lo que realmente preocupa a Sandel, porque no está tan claro qué hemos de entender por “perfección”. Tal como decía al principio, la perfección parece que no puede ser rechazada, y esto por razones conceptuales, pues lo perfecto es lo óptimo. Buscamos siempre la perfección en nuestras actividades vitales, no en el sentido de que aspiremos a lograrla, sino en el sentido de que es el ideal que nos guía, el que identifica la propia actividad y le da su razón de ser y el que sirve como vara de medir lo bien o mal que la llevamos a cabo y nos permite saber si hemos mejorado en su desempeño. La vida sería muy extraña, en cualquiera de sus terrenos, si no tuviéramos el afán de mejorar lo que hacemos, y así mejorarnos a nosotros mismos.

Sabemos, desde luego, que la realización perfecta no existe en actividades mínimamente complejas, y a menudo ni siquiera seríamos capaces de definir de manera precisa en qué consiste tal realización. Sin embargo, la idea de la perfección parece irrenunciable si con ella aludimos a los cánones ideales que guían esas actividades y a la vocación de mejorar su realización, tan típicamente humana.

#### ➤ **Mejorar o empeorar**

Siendo así, ¿por qué Sandel se opone a la

perfección? Si leemos su ensayo, nos daremos cuenta de que lo que sostiene es en verdad otra cosa, a saber, que ciertos afanes, sea en el deporte, en la crianza y educación de los hijos o en cualquier otro campo, están mal encaminados, porque pueden menoscabar o incluso llegar a destruir el sentido de lo que se pretende mejorar. Por supuesto, esto es más fácil de observar en el caso del deporte y más difícil en otras actividades vitales más básicas.

Cuando en un juego (o en un deporte) se introducen nuevas reglas, se suele hacer con la intención de perfeccionar el juego en cuestión, tratando de que su práctica se acerque más al ideal, sea éste el que sea. En el baloncesto, reducir el tiempo máximo en el que un equipo puede tirar a canasta de 30 a 24 segundos (como se ha hecho en Europa siguiendo el ejemplo de la NBA) mejora el juego porque lo hace más vivaz, más rápido y entretenido, y dificulta las técnicas muy conservadoras que lo afean y lo hacen más aburrido, tanto para practicarlo como para contemplarlo. En cambio, si permitimos artilugios y maniobras como las que se ven en los partidos de los Harlem Globetrotters (o, para el caso, si modificamos genéticamente a los jugadores con el fin de que su capacidad de salto sea ilimitada), es muy dudoso que el juego mejorase y muy probable que empeorase, o incluso que lo convirtiese en otra cosa, como sabe cualquiera que haya visto el espectáculo al que acabo de referirme, que es al baloncesto lo que el bombero torero a la tauromaquia.

Este ejemplo, desde luego, no resuelve los principales problemas que aquejan a la práctica deportiva de élite, como el uso de drogas varias, tratamientos hormonales, etc., pero ayuda a comprender que la perfección a la que se opone Sandel es una perfección mal entendida, aquella que, de ser alcanzada, arruinaría el sentido del juego, deporte o actividad. Es esa perfección que, aplicada al fútbol, consistiría en crear unas botas tan potentes que el disparo de un futbolista que las calzara no pudiera ser atajado por portero humano alguno: no habríamos perfeccionado el fútbol, sino que lo habríamos estropeado para siempre.

### ► La ética del don y la cuestión de la autonomía

En el más complejo y relevante asunto de la actitud de los padres para con sus hijos, tampoco se opone Sandel a la educación en el sentido tradicional de la palabra, claro está, ni tampoco al uso de las biotecnologías para curar enfermedades o evitar defectos. A lo que se opone es, más bien, a la *deshumanización* del proceso de la crianza y, por ende, de la propia vida de los hijos, un término que no usa pero que está presente, implícito, en cada una de las páginas del libro. Su idea es que una vida humana se deshumaniza, esto es, deja de ser lo que era, en la misma medida en que se planifica por anticipado, pues concebimos la vida como un "don", como algo que nos ha sido dado (sea por Dios o por la naturaleza: Sandel insiste en que no se trata de un argumento necesariamente teológico) sin responder a plan alguno y, por tanto, sin un objetivo preciso. En la medida en que los padres *diseñan* a sus hijos, impiden concebir su vida de este modo. Por tanto:

*"Por más que no suponga ningún daño para el hijo, ni ningún obstáculo para su autonomía, la crianza eugenésica es rechazable porque manifiesta y promueve una cierta actitud hacia el mundo: una actitud de control y dominio que no reconoce el carácter de don de las capacidades y los logros humanos, y olvida que la libertad consiste en cierto sentido en una negociación permanente con lo recibido"* (pág. 127).

Sandel entiende, pues, que las nuevas prácticas eugenésicas que la ingeniería genética permite van más allá de lo que los padres pueden hacer para beneficiar a sus hijos. Obsérvese, y este es un punto importante, que la razón no es que la autonomía de los hijos quede menoscabada por el hecho de que sus condiciones sean producto de la decisión de los padres y no del azar. De esta manera, la tesis de Sandel es, por una parte, inmune a argumentos de bioéticos como Savulescu, que sostienen que la eugenesia liberal no perjudica la autonomía de los hijos y, por otra, se sustenta en una base distinta de la de aquellos que, como Habermas, cuestionan la eugenesia liberal porque pone en cuestión dicha autonomía. Ahora bien, si no es el peligro para la

autonomía de los hijos, no acaba de entenderse cuál es precisamente la base de la tesis de Sandel. Pues su recurso a la ética del don o a la "negociación permanente con lo recibido" puede entenderse como una versión de la tesis habermasiana de que nuestra autocomprensión como seres autónomos requiere que nuestras características personales no sean producto consciente de nadie (tampoco de nuestros padres); pero si no podemos recurrir a la autonomía para explicar la tesis de Sandel, sus fundamentos quedan en la oscuridad.

En cambio, su propuesta se entendería mejor y resultaría más convincente, en línea con lo apuntado ya más arriba, si se comprendiese como una crítica del perfeccionamiento mal orientado, y no del perfeccionamiento en sí. En efecto, da la sensación de que las tendencias perfeccionistas que Sandel detecta en el deporte o en la crianza de los hijos, a las que la ingeniería genética puede prestar tanto apoyo, están mal orientadas porque hacen deportistas y personas peores y no mejores. La razón genérica que ofrece el autor es que todos estos fenómenos de perfeccionismo parten de una errónea comprensión de la sintonización de lo humano con lo mundano, pues tratan de ajustar el hombre al mundo en vez de intentar el ajuste inverso. A mi juicio, donde mejor podemos observar esa tendencia errónea es en el ámbito de lo social o político, que es el ámbito en el que se mueven los ejemplos de Sandel aunque después intente una formulación mucho más abstracta pero, me temo, menos comprensible.



El cenicero perfecto

### ➤ Un asunto público

En el ámbito de lo social es donde se observa por qué la hiperpaternidad contemporánea yerra. El error consiste en que los padres a los que el autor se refiere se esfuerzan por mejorar la aptitud de sus hijos para triunfar en un mundo que está mal ordenado: demasiado desigual para ser justo y demasiado competitivo para ser satisfactorio para todos. Esos padres no empiezan, como deberían, por cuestionarse el desorden social, sino que empiezan por aceptarlo y dan por bueno que su tarea principal para con sus hijos es prepararlos para que no fracasen en él. Aquí vuelve a aparecer la deshumanización: los padres deshumanizan a sus hijos porque los adaptan para vivir en un mundo poco humano, porque los "perfeccionan" precisamente en relación con aquellos aspectos menos humanos del mundo. El movimiento de ajuste debería ser, en cambio, el contrario, es decir, el consistente en modificar la configuración de lo social y de lo cultural para que todos los seres humanos pudieran disfrutar de una vida buena con independencia de factores como la belleza, la altura, el color de la piel, la agilidad, la agresividad o incluso la inteligencia.

También así se entiende por qué la hiperpaternidad es tanto un problema personal cuanto un problema social o político: es un problema personal porque por mucho que se mejoren las aptitudes de un niño para vivir en un mundo desigualitario y competitivo, la propia forma de ser de este mundo dificultará en todo caso su bienestar; y es un problema social o político porque la mejora de las aptitudes de unos niños tiene como correlato el empeoramiento de las condiciones de vida de los demás, dado que la comunidad desigualitaria y competitiva contrapone los intereses de unos a los de otros, en vez de armonizarlos: por eso, toda mejora competitiva de unos implica directa o indirectamente que los otros estarán peor. Siendo así, el problema es un problema de todos y requiere una solución política, no privada.

Si asociamos esta cuestión con la comparación que traza Sandel entre la vieja eugenesia (pública) y la nueva (privada), podríamos decir que lo que realmente teme es la distorsión de lo humano inducida por una estructura social inadecuada,

a la que fatalmente tratamos de adaptar las generaciones futuras. Puestos a elegir, la vieja eugenesia sería preferible, siempre y cuando la despojásemos de sus elementos odiosos; su objetivo es mucho más sensato, porque la mejora que pretende es una mejora no sólo individual sino colectiva, ahora sí perfeccionándonos como seres humanos, a diferencia de la eugenesia privada, que al fomentar la adaptación individual al desorden social acaba por empeorar las cosas.

Es cierto que Sandel insiste en que no es la cuestión del uso público o privado de las tecnologías genéticas lo que más le preocupa; sin embargo, me parece que lo más interesante de su discurso sí está relacionado con esta cuestión. Si estas tecnologías van a servir a una carrera infernal que nos enfrente unos a otros en nuestro afán por ser mejores (mejores *que* los otros, claro está), mal andamos. Si, por el contrario, su uso tiene lugar después de un debate público, abierto e informado, y es así el fruto de la autonomía colectiva de una comunidad igualitaria, entonces ese uso no estaría al servicio de la competencia entre unos y otros, de la que siempre salen malparados muchos (o todos), sino de la mejora común de nuestras condiciones de vida.

### ➤ Y un toque de metafísica

Para ir acabando, podemos volver ahora al aspecto más metafísico de la propuesta de Sandel, que aparece en los dos pasajes transcritos y que, como ya he señalado, me parece más oscuro y menos aprovechable. Es cierto que el afán por tenerlo todo planificado y bajo control que subyace a las tendencias analizadas en el libro parece poco humano porque tiende a la eliminación de la libertad y, en ese sentido, una vida perfectamente planificada y controlada podría ser una vida perfectamente insoportable. Pero también es cierto que forma parte de lo humano la capacidad para planear y llevar a cabo lo planeado, la capacidad para moderar o incluso rechazar nuestros impulsos según normas racionales libremente elegidas. Del mismo modo, la *hybris* denunciada por Sandel, la soberbia o la ambición desmedidas, son pecados capitales y fuentes de las que no brota nada bueno; pero hay que reco-

*Biblioteca de Bioética*

nocer que, despojada de excesos, la ambición está inscrita en nuestra humana forma de ser, si la entendemos por ejemplo como la voluntad consciente de cambiar el mundo. También por esto el libro de Sandel es interesante, porque si su tesis metafísica no se acaba de comprender del todo bien, su reflexión al respecto nos abre la puerta a cuestiones antropológicas básicas, con un planteamiento y un lenguaje muy asequibles, y donde yo diría que lo que importa ya no es que lleve razón o no en sus conclusiones, sino el estímulo que supone para que todo el que quiera vuelva a pensar, una vez más, lo que sus seme-

jantes llevan pensando desde tiempo inmemorial.

Más allá de todo esto, *Contra la perfección* contiene muchos otros apuntes y sugerencias que no he mencionado siquiera y que habrán de ser descubiertos por el lector. En su conjunto, se trata de un libro de lo más recomendable, por su carácter crítico y analítico, por su claridad expositiva y por el equilibrio que ofrece en su tratamiento de cuestiones prácticas concretas junto con abstractas disquisiciones morales que las iluminan y contextualizan. No es, desde luego, un libro perfecto, pero ¿acaso la imperfección no es un rasgo esencial de lo humano?